

UN CUENTO PARA LEER EN EL VIAJE DE ESTUDIOS.

Algunas cosas que nos pasan en la vida, nos hacen recordar el pasado con más claridad que nunca y no sólo eso, sino que además cambian su significado y su carga afectiva.

Hoy, ante mi hijo que programa con entusiasmo su viaje de estudios de la escuela primaria, mis propios recuerdos vuelven desordenados, particularmente vívidos, como si hubiese sido ayer, nomás, que esas mismas cosas me pasaron a mí.

Recuerdo cuando fui al cine, solo por primera vez, (no solo, en realidad, sino con mis cinco mejores amigos/compañeros de colegio), pero sin papá o mamá para vigilarme y cuidarme.

Recuerdo del nerviosismo, que sentí cuando mamá, me dejó en la puerta del cine Gran Rex, recomendándome por décima vez que me portara bien, que me mantuviera siempre con el grupo, que no hablara con ningún extraño, que fuera responsable, que cuidara los diez pesos que llevaba, que no comiera muchas golosinas, y mil consejos más.

En el cine, en compañía de mis amigos, creo que todos sentimos la misma sensación de excitación y felicidad, que propiciaba la risa, casi continua emitida ante cada circunstancia, asegurada, por otra parte, cada vez que Tomás (que era muy gracioso) abría la boca para decir algo.

Aún hoy me descubro sonriendo a veces, cuando por algún motivo recuerdo alguna de sus frases célebres, alguna de sus ocurrencias. Cada vez que el vendedor ambulante del cine se anunciaba con la típica palabra, **bombonero**, dicha en forma rápida y con voz impostada, Tomás decía que en realidad el pobre tipo decía **me muero**, y lo imitaba en voz baja, con lo que moríamos éramos nosotros (pero de risa), cada vez que el pobre se anunciaba.

Tomás, era sin dudas, el más querido del grupo, también era el más alegre, el más alto, uno de los más inteligentes, siempre salía elegido el mejor compañero, era el capitán del equipo de fútbol, y todos, lo queríamos muchísimo.

Tomás era además, mi mejor amigo, mi compañero de banco en clases y de juegos en el recreo, yo sentía por él mucho cariño y, secretamente lo admiraba y lo imitaba en todo lo que podía.

Ese día, no nos portamos demasiado bien durante la función, sobre todo porque no podíamos contener la risa ante cada ocurrencia dicha en voz alta por cualquiera de nosotros y retrospectivamente pienso que debemos haber molestado bastante al resto de los asistentes a la función, quienes sin embargo, no recuerdo que se hayan quejado demasiado.

La película fue buenísima.

El detective de Los Ángeles, se llamaba, con Humphrey Bogart.

El personaje que interpretaba, se llamaba Marlowe. Estaba siempre vestido con un impermeable claro, fumando un cigarrillo tras otro, tomaba whisky a cualquier hora del día o de la noche, en su desprolija oficina y se quejaba de su suerte pensando constantemente, en los detalles de un caso de homicidio, particularmente complejo que le había tocado resolver, por encargo de una hermosa mujer.

Nosotros, por la magia del cine, escuchábamos sus pensamientos y participábamos de las deducciones que el personaje hacía a cada momento.

Me parecía fascinante, la vida de este detective, un ganador que llevaba un revólver en una cartuchera que ocultaba debajo de su saco y que salía ileso de las más terribles balaceras con los hampones más temibles y crueles.

Recuerdo que en esa época, en la revista Patoruzito, salía un aviso sobre un curso por correspondencia en una escuela de detectives a la que envié un cupón lleno con mis datos, mintiendo acerca de mi edad.

Yo quería ser como Marlowe.

Marlowe era valiente, casi exageradamente valiente, creía en la justicia, tomaba siempre las decisiones correctas, era inteligente...

Ir al cine, se convirtió en la salida obligada de los Sábados a la tarde, de los cinco

compañeros, sin importar para nada la película ni el cine al que íbamos. Lo hermoso era, que nos divertíamos todo el tiempo. La unión del grupo también aumentó, al punto que nos hicimos poco menos que inseparables. A medida que se acercaba la fecha del viaje de estudios de séptimo grado, el entusiasmo crecía y durante meses, fué nuestro tema de conversación preferido. Proyectamos durante estas charlas, cada minuto de diversión. Santa Rosa de Calamuchita, era el lugar designado. Siete días en carpa. Cinco chicos por carpa. Como anillo al dedo. El grupo programó hasta un nombre para la carpa, y hasta le pintamos un cartel: "Calapoquita"...

Chofer, chofer, apure el motor que en esta cafetera nos morimos de calor.

Puro entusiasmo. El viaje a Córdoba fue tan divertido, que no queríamos llegar. Una vez en el camping, la elección del lugar para armar la carpa nos ocupó hasta el fin de la tarde. Cuando llegó la hora de cenar, la carpa ya estaba armada, algo desprolija, seguramente poco adecuada para enfrentar una brisa fuerte, pero habitable. Para nosotros un palacio.

Tengo grabado en mi memoria el olor a la exquisita carne del asado que los maestros hicieron esa noche. Tampoco, olvidaré la alegría. Era una hermosa sensación, sentirse sano, casi todopoderoso, feliz.

El hecho desgraciado que cambió definitivamente los destinos de Tomás y mío, ocurrió después de la cena, cuando el propio Tomás sorprendió a todos los ocupantes de calapoquita sacando de su bolso, un atado de Marlboro y sobre todo con lo que hizo después, ya que, ante nuestra mirada de estupor, sacó un cigarrillo del atado, lo encendió y aspiró una bocanada de humo de la misma forma que Marlowe en el personaje del detective.

Yo intenté evitarlo al principio, pero el siguiente acto de la obra, podría haberse llamado cinco amigos fumando. Esa fue la primera pero lamentablemente, no la última vez que fumé.

En realidad, creo que ninguno de nosotros disfrutó de la experiencia y que todos nos sentimos físicamente mal luego de hacerlo, la tos y la náusea como sensaciones más importantes. No volvimos a hablar del tema durante los siguientes días, durante los cuales disfrutamos de cada juego, cada comida, cada salida, excursión o paseo. Cuando se disfruta, el tiempo parece transcurrir más rápido.

Los días pasaron y el viaje de estudios simplemente se esfumó. La última noche en la carpa, todos volvimos a fumar un cigarrillo, en algo así como un rito de despedida. ¿Estaríamos deprimidos?

A partir de esa noche ni Tomás ni yo paramos de fumar. Fumar... ¡ Maldición con fumar! ¡ Qué mal negocio! Desde aquel día a mis doce años, hasta hoy, a mis cuarenta y dos, me transformé en adicto. Nunca más fui libre.

Una decisión mal tomada en mi niñez, transformó mi vida por completo.
Comencé a necesitar al cigarrillo diariamente, en muy poco tiempo.
Necesitaba fumar para animarme a hacer cosas, para sentirme seguro, para estudiar.
La necesidad creció siempre y aunque me lo propuse cientos de veces, nunca pude abandonarlo, todo lo contrario.
Insensiblemente, pero en forma constante, la importancia de fumar aumentó hasta ocupar un lugar cada vez mayor.
Poco a poco me encontré casi obsesionado por hacerlo.
Muchas horas de clase en la escuela secundaria fueron vividas con un deseo creciente de que terminaran pronto para poder fumar.
Nunca pude hacer un deporte seriamente.
Fumé hasta el año pasado.
Paré por un infarto.
No tuve suerte.
Tomás tampoco la tuvo.
El tampoco dejó.
También enfermó gravemente.
Y murió, joven, a los cuarenta.
Cuando pienso cuánto sufrimiento autoprovocado, cuanta enfermedad sufrida a propósito, dependió de una mala decisión de una sola noche, siento deseos de volver atrás el tiempo y cambiar, decir que no, que no quiero fumar, que me parece tonto envenenarme, para que un empresario del tabaco gane plata, se compre un auto mejor que el que tiene obteniendo sus ganancias del dinero de todos los que le compramos sus cigarrillos diariamente, y viva feliz, (seguramente sin fumar), hacer fortuna a costa de la adicción de un montón de pobres tipos como yo, que se ven obligados a pagar diariamente un precio alto para adquirir un paquete de cigarrillos sin los cuales parece difícil vivir, sin los cuales uno se siente incapaz de enfrentar el mundo, teniendo que recurrir al polifuncional cigarrillo para todo, en todo momento y lugar, sintiéndonos desgraciados cuando por algún motivo no podíamos recurrir a sus casi mágicos poderes.
Debemos saber, antes de caer en la trampa, que fumar no produce ninguna ventaja, es muy dañino y peligroso, que sólo beneficia a los que fabrican cigarrillos, y que gran parte de los esfuerzos de la publicidad, se orientan a convencernos de que fumar está bien, que es una costumbre de los triunfadores, que el cigarrillo es un amigo, un compañero de emociones, te invitan a ir al mundo Marlboro, ponen un camello simpático que fuma, te dicen que los cigarrillos marcan tu nivel y te engañan sin parar para que te transformes en adicto, como yo, sin poder decidir si fumarás o no y cuántos cigarrillos consumirás a diario a pesar de que en el fondo sabés que te estás matando lentamente.
Esta historia no sólo es verídica sino que muy frecuente y muchísimas veces infinitamente peor.
No pruebes nunca, probar una sola pitada es peligroso.
No vale la pena.
Fumar es malo para la salud, provoca enfermedades y no te da ninguna ventaja.
Probablemente creas que exagero.
Probablemente creas que esto que te cuento no te pasará a vos.
Que en tu caso fumarás sólo para probar y luego dejarás fácilmente de hacerlo, probablemente eso hable bien de tu autoestima, ya que te crees más resistente que los demás a caer en la adicción, pero creeme, NO DEPENDE DE VOS, NI DE TU VOLUNTAD, NI DE TU DECISIÓN.
Probablemente por el hecho de que el sabor de los cigarrillos no te resulte agradable, pienses que no corres peligro de adicción.
Tal vez, al no agradarte el gusto pruebes distintas marcas, para encontrar una de tu agrado, sin saber que cada vez que aspiras el humo de un cigarrillo, estás más cerca de perder el control, de enfermarte y de transformarte en un enfermo por voluntad propia.
No regales a nadie tu dinero, pero menos a quien para ganarlo, te vende desvergonzadamente algo que sabe que te va a martar.

Sobre todo cuidá tu salud. Tu cuerpo es sagrado.

Para terminar, te cuento que de las chicas, sólo tres de las compañeras del grado se volvieron fumadoras.

Pilar, María y Valentina, mordieron el anzuelo.

Pilar, que era muy linda, siguió siéndolo hasta los veinte años, edad en la que su aspecto ya se encontraba empeorado por la coloración de sus dientes y las arrugas que mostraba su cara. Prefiero no hablar de su aspecto actual.

María que cantaba en el coro, que tenía una voz tan dulce, la cambió por una gruesa y cascada voz parecida a la de un hombre, que alterna con una tos cargada de catarro que la ataca a cada momento.

Valentina dejó de fumar a sus treinta años y está bárbara, porque para dejar de fumar hizo un tratamiento con ejercicios físicos y una alimentación saludable.

Feliz viaje de estudios de Séptimo grado.